

2

Fig. 2. Miguel Fisac: Casas en cadena. *Revista Nacional de Arquitectura* nº 109. Madrid, enero de 1951. Vista axonométrica.

Fig. 3. Miguel Fisac: Casas en cadena. *Revista Nacional de Arquitectura* nº 109. Madrid, enero de 1951. Perspectiva.



3

simplicidad, la autolimitación como principio poético y medio para transformar el lenguaje arquitectónico en un instrumento cultural eficaz y comprensible para todos. Por último, tendríamos el principio de la sostenibilidad, fundado en la responsabilidad del arquitecto y referido a la ecología, a la adecuación de recursos, a la preservación del paisaje y de la historia, en contraposición a las fuerzas económicas que sólo se interesan en la arquitectura como objeto de reproducción del capital. Como corolario propone la construcción con “parsimonia” en aras de una adecuación “regional” que no “regionalista”. Estos retos de hoy y de siempre sólo pueden ser abordados por un “hombre nuevo” que se opone a la infinita libertad de elección, que no se adhiere a ideologías o fuerzas mediáticas, que reduce la complejidad de su vida y manifiesta su independencia en el pensar y actuar contracorriente<sup>2</sup>.

Las tres ponencias de fondo fueron encomendadas a Carlos Sambricio, Pepa Cassinello y Antonio Pizza. Alrededor de ellas un elevado número de comunicaciones se reunía alrededor de tres grandes secciones: “El debate sobre la vivienda”, “Industrialización y Arquitectura” y “La incipiente reflexión teórica”.

Carlos Sambricio se centró sobre “La vivienda española en los años 50” en un detenido y acotado trabajo sobre el modo en que la vivienda en los inicios de la década adquiere un valor primordial tanto en el pensamiento arquitectónico como en el desarrollo económico y social de la posguerra española<sup>3</sup>. Este fenómeno había sido clave en la reconstrucción europea, como así ocurre en los países anglosajones, Alemania o en Italia con el Piano Fanfani de 1952. Estos fueron los modelos que convergieron, de algún modo, en el Plan Nacional de Vivienda de 1954 como respuesta al fracaso del precedente de 1949 redactado por Girón. Efectivamente, las actuaciones autárquicas de los años cuarenta fueron erráticas y fundamentadas más en una reconstrucción económica que en la necesidad de resolver los graves problemas del alojamiento colectivo y de la devastación de las ciudades.

Hacia 1949 los grupos profesionales comienzan a ser conscientes de esta equívoca orientación política y económica del problema. Así se convocan varios concursos como el de la Vivienda Económica de Barcelona, el promovido por el Instituto Torroja sobre soluciones capaces de ser ejecutadas con elementos prefabricados; y más tarde, en 1956, le sucede el Concurso de viviendas experimentales en Madrid. Las “Casas en Cadena” de Miguel Fisac, las propuestas de Fernando Chueca publicadas tras su viaje a Estados Unidos<sup>4</sup>, la realización de los Poblados de Absorción, los Poblados Dirigidos, etc. nos hablan de un momento intenso en la especulación teórica que tiene como fondo la concepción de viviendas mínimas y económicas.

Como muy bien insiste Sambricio no hay una reivindicación del GATEPAC, sino que las miradas se dirigen a otros lugares. No se puede pensar en todas estas actuaciones sin tener en cuenta

2. Estas cuestiones ya fueron abordadas en la polémica mantenida con Daniel Libeskind hace un lustro. Véase MAGNANO LAMPUGNANI, Vittorio: “Una nueva simplicidad. Reflexiones ante el cambio de milenio”, A & V, noviembre-diciembre, 1994, nº 50, pp. 100-103.

3. Sobre esta cuestión, Carlos Sambricio ha coordinado y desarrollado un importante trabajo: *La vivienda en Madrid en la década de los 50*. Electa-Ministerio de Fomento. Madrid, 1999.

4. CHUECA GOITIA, Fernando. *Viviendas de Renta Reducida en Estados Unidos*. Instituto de estudios de la Administración Local, Madrid, 1952. En este texto Chueca recogía las experiencias de la *New York City Housing Authority*, bajo la presencia de los estudios de Alexander Klein sobre la vivienda mínima.



4



5

la reconstrucción europea y las reflexiones teóricas que allí se producen. Las experiencias de los países escandinavos, centroeuropea, Italia o América son conocidas a través de las publicaciones "oficialistas" de arquitectura, como *Revista Nacional de Arquitectura* y *Cuadernos de Arquitectura*, y también en publicaciones técnicas como *Informes de la Construcción* —que jugará un papel capital en estos momentos— pero, sobre todo, a partir de los viajes que realizan personajes como Fisac, Cabrero, Romany, Molezún, Oiza, Baldrich, Moragas o Chueca, entre tantos otros.

Es importante pensar que en los años cincuenta hay un relevo importante. A Pedro Bigador le sucede Julián Laguna; de Luis Fonseca pasamos a Cubillo, Sierra, Ruiz, Alvear, Vázquez de Castro, De la Hoz, Oiza o Fisac; de los interiores "populares" propuestos por el personal de la Sección Femenina, a los estudios sobre mobiliario de vivienda social que publica *Hogar y Arquitectura* o que puntualmente dibujan y diseñan los arquitectos comprometidos en esta renovación de la arquitectura desde la producción de viviendas. De la exclusiva atención hacia la "dignidad" y "nobleza" de la casa se dirige el interés hacia el estudio de los estándares mínimos; de la manzana cerrada se acude a los "polígonos" de edificación abierta. Y, por supuesto, de las sugerencias tradicionales se insiste en la necesidad de la normalización industrial y la prefabricación. Finalmente, los organismos estatales abandonan el apoyo a estas nuevas propuestas para ser la profesión libre de quien, en última instancia, genere nuevas ideas y debates en torno a la vivienda. Sin duda, un "hombre nuevo" surge en los albores de la década de los cincuenta, capitaneado por una serie de intelectuales y profesionales "adelantados".



6

Fig. 4. Jaime Alvear - Francisco J. Saénz de Oiza: Poblado dirigido de Entrevías. 1956.

Fig. 5. Luis Cubillo de Arteaga: Poblado Dirigido de Canillas. 1956.

Fig. 6. J. Soteras - A. Pineda - C. Marqués: Viviendas del Congreso Eucarístico de Barcelona. 1952.



7

Fig. 7. Jesús de la Sota. Lámpara para H Muebles. C. 1960-61.

Fig. 8. Ángel Ferrant. Juegos infantiles en el Poblado de Caño Roto. Madrid.



8

Todas estas cuestiones surgieron en su brillante intervención, apelando a continuar las investigaciones sobre este período crucial de nuestra arquitectura, estudiado hasta el momento con escasa fortuna, envuelto en lugares comunes y contradicciones. El lapso de tiempo que media entre los inicios y finales de década se nos revela pleno de acontecimientos que inciden en un profundo cambio en la reflexión sobre el alojamiento colectivo y sobre la misma arquitectura.

Esta ponencia fue acompañada por un buen número de comunicaciones sobre la promoción residencial en los años cincuenta. Asier Santas insistió en las experiencias y debates sobre la vivienda mínima previos a la ejecución de los Poblados de Absorción, donde la desaparición del pasillo —la pieza “K” según Taut— se plantea como un reto. Eva Hurtado dedicó su atención a las actuaciones del Hogar del Empleado, en la que nuevamente participaron figuras como Oiza, Sierra, Cubillo o Romany. Miguel Lasso de Vega dedicó su intervención sobre la labor en la Obra Sindical del Hogar en Madrid entre 1939-59, haciendo especial mención del Grupo Virgen del Pilar. Además de estas disertaciones consagradas a la capital del estado, Martín Checa ofreció su conferencia sobre “La vivienda social vista por los católicos”, remitiéndose a las Viviendas del Congreso Eucarístico de Barcelona; mientras que Ana Azzpiri, se refirió a la intervención del Colegio Oficial de Arquitectos Vasco-Navarro en la V Asamblea Nacional de Arquitectos con las propuestas de Ricardo Bastida y Emiliano Amann.

Gabriel Ruiz Cabrero cerró el turno de comunicaciones con una sentida y lúcida narración de las ideas que recorrieron el arte y la arquitectura de esta década a través de una serie de notas “escritas” desde Madrid<sup>5</sup>. Esta intervención, perteneciente ya a la sección temática sobre “la incipiente reflexión teórica”, fue un buen precedente para la mesa redonda de clausura de esta primera jornada.

Carlos Sambricio inició el coloquio con un sugestivo prólogo donde retomó las cuestiones que había desarrollado en su ponencia. Comenzó resaltando el papel de aquella generación de jóvenes arquitectos que se revelan contra “el chabolismo institucionalizado” en un momento de ruptura epistemológica, como fue el comienzo de la década de los cincuenta. Estos noveles profesionales, desde el conocimiento del oficio, emprenden una actualización de la disciplina y de la modernidad. El referente no será tanto el GATEPAC, sino las experiencias que se llevan adelante en Europa y América. Con grandes dosis de un muy necesario pragmatismo frente al problema de la vivienda, se atiende, por un lado, a los asuntos de gestión —de ahí la atención a la legislación alemana o italiana—, y por otro lado, a elaboración de tipos mínimos capaces de atender a una demanda de hogares que se incrementa a un ritmo galopante con los flujos migratorios hacia las ciudades. Estos arquitectos dejarán las cuestiones puramente teóricas para

5. Estas “notas” las podemos encontrar desarrolladas en el feliz catálogo de la exposición “La arquitectura y el arte de los años cincuenta en Madrid”, cuyos comisarios fueron Gabriel Ruiz Cabrero y Patricia Molins. Centre Cultural de la Fundació “la Caixa”. Barcelona, 1996.

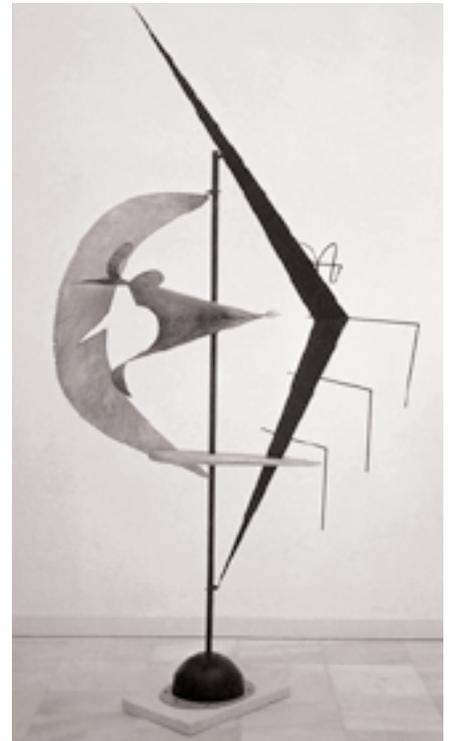
enfrascarse, codo con codo con los demás hombres, empeñados en la tarea de resolver esta serie de retos. Tres fechas bien significativas jalonan la época. El año 1939 rubrica el inicio de la reconstrucción industrial y económica. 1949 abre el campo a esta misma reconstrucción, ahora social y urbana, especialmente a través de la vivienda. Es, pues, el germen del momento más intenso que al respecto se vivirá en el lustro siguiente. Hacia finales de década —se podría poner la fecha de 1959— los arquitectos abandonan el tema de la residencia —en sus términos de análisis de tipos, de posibilidades de gestión, prefabricación o normalización— para enfrascarse en otros proyectos más pretenciosos —“de revista”—, menos afines al pragmatismo de años precedentes.

En este momento se introduce sobre la mesa una cuestión relativa a la existencia de la vanguardia: ¿la ruptura con la modernidad no se produce en 1949 en lugar de en 1939? Las intervenciones de Carlos Sambricio y Antonio Pizza se sucedieron alrededor del papel que tiene y tuvo la vanguardia. Establecido que su cometido es ante todo intelectual —proponer ideas—, queda por discutir si realmente existió una vanguardia en España en la inmediata preguerra. La respuesta de Pizza fue tajante: el GATCPAC asumió una “retórica de vanguardia”, de ruptura con la academia, aunque realmente sus preocupaciones se vertieron sobre la organización de la ciudad. La fractura bélica impide su desarrollo ulterior para quedar reducida a unas pocas operaciones ínfimas, casi testimoniales, promovidas con apoyo oficial, como la construida en Barcelona.

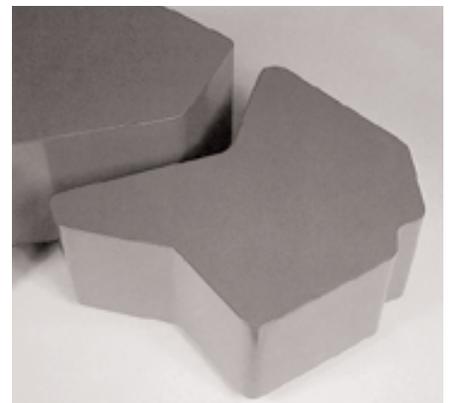
Antonio Pizza insistió sobre el modesto panorama intelectual de la posguerra española y la ausencia de debates. Asuntos como la idea de la integración de las artes o la cuestión de la monumentalidad, que en aquel momento asumen gran relieve, circulan por el estado de un modo superficial. El que suscribe estas páginas apuntó que es justo reconocer que aquella fue nuestra realidad, donde los debates eran escasos y reducidos a un exiguo número de interesados. Pero también la labor desempeñada en Cataluña por el FAD (*Foment de les Arts Decoratives*), por personajes como Angel Ferrant y una pléyade de artistas madrileños, desde Jesús de la Sota o Pablo Palazuelo, hasta la creación del SEDI (Sociedad Española de Diseño Industrial) en el Madrid de 1957, e incluso la aparición del Grupo Parpalló en Valencia junto a su revista “Arte Vivo”, nos muestran la intensidad con que es recibido un programa como el del diseño industrial, conocido por entonces como “artes aplicadas”. La matización que cada uno de los presentes estableció respecto al grado de aislamiento y formación de arquitectos e intelectuales ocupó una buena parte del tiempo previsto.

A raíz de la última comunicación de Gabriel Ruiz, donde con mucha fortuna insistió en la presencia del surrealismo en el ambiente catalán de la posguerra, se suscitó un nuevo debate. Con notable perspicacia introdujo un par dialéctico por el que se mueve la experiencia artística y arquitectónica desde el período de entreguerras. Así el Constructivismo o el Cubismo se enfrentan al Surrealismo, del mismo modo que la Nueva Objetividad se contraponen al Expresionismo. La modernidad sería patrimonio común a ambos, pues es precisamente el entendimiento de los materiales lo que otorga una determinada forma de ser moderno. Corroboró sus opiniones con imágenes de la Casa Ugalde en Caldetes de José Antonio Coderch, como un ejemplo de afinidad con el Surrealismo. Juan José Lahuerta ratificó la vigencia de este movimiento en Barcelona a través de diferentes argumentos. Uno de ellos es la importancia que adquiere el número de 1934 de la revista *D'ací d'allà*, en la que se muestra con gran profusión esta tendencia. También nos recordó el regreso de Salvador Dalí a Cadaqués en 1947 y su presencia en Port Lligat desde 1949, la formación de *Dau al Set* o la existencia de un fotógrafo surrealista conocido por Pere Català i Pic —que introduce a su hijo Francesc Català-Roca por los círculos de vanguardia de los años treinta—, como otros tantos indicios de la persistencia surrealista.

Pizza recogió este asunto para insistir en la pobreza cultural de la época, y manifiestar sus dudas sobre una voluntad surrealista en la obra de Coderch. En las conversaciones que tuvo con Tapies para la construcción de su casa, éste último no recordaba que fueran ocupadas por disgresiones culturales o artísticas. Con una personal alocución secundé esta moción, por no resultarme creíble que Coderch problematizara sus proyectos como muestras de una determinada tendencia artística, si bien concordaba en que este clima surrealista, en íntimo maridaje con un existencialismo difuso, impregna toda la Cataluña posbélica. Las fotografías que Català-Roca realiza para la Casa Ugalde, seleccionadas por el propio arquitecto, sí que se aceptaron como testigo de cargo de estos argumentos. Prácticamente con esta cuestión se dio por finalizada la prolongada y enjundiosa velada.



9



10

Fig. 9. Ángel Ferrant. Móvil. 1953.

Fig. 10. Pablo Palazuelo. Dos mesitas. C. 1956.



11

Figs. 11 y 12. José Antonio Coderch – Manuel Valls. Casa Ugalde. Caldes d'Estrac. Barcelona, 1951. Fotografía: Francesc Català-Roca.



12

María José Cassinello inauguró la segunda jornada con una ponencia titulada “Razón científica de la modernidad española en la década de los cincuenta”. Su tesis se centraba en el papel pionero que tiene España en aquellos años en el campo concreto de la investigación científica sobre procedimientos constructivos. La labor científica —razón de ser de la modernidad— viene encarnada de modo inequívoco por el Instituto Eduardo Torroja, primeramente conocido como Instituto Técnico de la Construcción y dirigido por el insigne ingeniero español.

Una cuestión primordial recorre todo su discurso: la trascendencia que tiene la evolución técnica en el desarrollo de las formas arquitectónicas. Este argumento no es nuevo, sino que ha constituido el trasfondo de autores que desde el siglo pasado han ejercido una inequívoca influencia en la reflexión teórica. Entre ellos tenemos a Gottfried Semper, Eugène Viollet-le-Duc, Auguste Choisy e incluso últimamente, Kenneth Frampton<sup>6</sup>.

Su intervención fue desgranando las distintas actuaciones que lleva a cabo el Instituto: continuos intercambios de información a través de cursos, publicaciones y congresos; la promoción de relaciones institucionales e internacionales con otros semejantes; la fundación de entidades como la Asociación Internacional de Estructuras Laminadas; la colaboración en el diseño de patentes industriales —como el sistema de anclaje de pretensado Barredo (1952). Una de las más destacadas es la edición de la revista *Informes de la Construcción*. Por un lado, en aquellos años constituye uno de los cardinales vehículos de difusión de la arquitectura moderna. Por otro, asume una encomiable labor de poner en contacto al técnico con la industria de la construcción a través de sus fichas de materiales constructivos. Pero además llega a intervenir en la organización de concursos como el anunciado en 1949 para racionalizar industrialmente la construcción de 50.000 viviendas. Nuevamente la investigación sobre la vivienda reaparece en las páginas de *Informes* haciéndose eco de las patentes de Jean Prouvé, los proyectos de Charles Eames y Eero Saarinen o las propuestas presentadas para la Interbau.

Así se daba constancia que si bien en la apertura de la década de los cincuenta todavía hay balbuceos y desorientación acerca de la arquitectura que debía promoverse, no quedaban dudas de que una razón científica debía respaldarla. Este era su principal modelo de pensamiento y actuación, verdadero substrato de su esencia moderna. Para María José Cassinello aquí radicaba “el liderazgo español de la modernidad” en estos años. El encendido y merecido elogio a la figura de Eduardo Torroja hacía justicia de la trascendencia de su figura en el progreso de nuestra arquitectura, especialmente ahora que aún estamos celebrando el centenario de su nacimiento.

Es lástima que sólo una de las comunicaciones, “Los comedores de la SEAT: aterriza el aluminio”, entre las que figuran en las actas, fuera leída en público. Jaime Sepulcre dedicó su tiempo a esta única y siempre sorprendente obra de César Ortiz-Echagüe, Rafael de la Joya y Manuel Barbero, levantada en Barcelona en el año 1956.

La ponencia de Antonio Piza respondía al tercer epígrafe sobre la incipiente reflexión teórica. En ella se trataba de situar el estado del pensamiento teórico en España frente a la realidad europea. Solamente su título —“Malos tiempos para la lírica (Esperanza y desesperanza en la Europa de las posguerras)” — ya delata el tono y conclusiones del análisis. La catástrofe bélica imprime una fractura en los modelos de pensamiento. Así se redefinirán o surgirán nuevos postulados que van siendo identificados por Piza. El primero de ellos será la atención al “hom-

6. Recuérdense los textos de CHOISY, Auguste: *Histoire de l'architecture*, París, 1899. (Traducción castellana: *Historia de la arquitectura*, ed. Víctor Leru, Buenos Aires, 1970), o el más próximo de FRAMPTON, Kenneth: *Estudios sobre cultura tectónica. Poéticas de la construcción en la arquitectura de los siglos XIX y XX*. Akal, Madrid, 1999, en el que mantiene que la arquitectura moderna se ha desarrollado más en función de las soluciones estructurales y constructivas que con las poéticas espaciales y abstractas: “lo construido es, en primer lugar y ante todo, una construcción y sólo después un discurso abstracto basado en la superficie, volumen y plano”. (pp. 13).



Figs. 13 y 14. José Antonio Coderch – Manuel Valls. Casa Ugalde. Caldes d'Estrac. Barcelona, 1951. Fotografía: Francesc Català-Roca.

13



14

bre”, al ser humano que nada tiene que ver con el hombre idealizado, racional, “tipificado” de la preguerra. Además surge la necesidad de la monumentalización y la idea de “core”, de la existencia de un centro urbano que “personaliza” las ciudades. Estos conceptos se hermanan con el pensamiento existencialista propagado en los círculos artísticos e intelectuales. Las bien conocidas referencias a Martin Heidegger y Gaston Bachelard, se contrastan con el pensamiento autárquico español, patente en las propias palabras de Franco o en el reaccionario escrito de Diego de Reina sobre “Ensayos sobre las directrices de un estilo imperial”. Como momento álgido de la reflexión española, se redacta el *Manifiesto de la Alhambra*, al mismo tiempo que en Barcelona surge el Grup R.

Las conclusiones son más bien “desesperanzadoras”. Antonio Pizza mantiene que en los años cincuenta no existen prácticamente consideraciones teóricas de peso y menos las que se implican en el desarrollo de la disciplina. La arquitectura permanece “aislada” y no sólo frente a

Fig. 15. Instituto Eduardo Torroja. Madrid, 1953.



Europa, sino que el discurso interior, la confrontación de ideas, es casi inexistente para impulsar la modernización arquitectónica en un medio intelectual plagado de mediocridad e incultura.

Las comunicaciones se ocuparon de temas bien diferentes. Jorge Torres aludió a la situación cambiante en Cataluña a lo largo de la década con el argumento de la “mirada” que desde allí se vierte hacia el pensamiento y la arquitectura italiana. Iñaki Bergera presentó diversos aspectos relativos a las formulaciones modernizadoras de los Institutos Laborales. Ulrich P.W. Nagel introdujo la cuestión del Coloquio de Darmstadt, en el que participó José Ortega y Gasset, pretexto para referirse a la “paralizada” situación española. Finalmente, Ana M<sup>a</sup> Esteban desgranó los números de la *Revista Nacional de Arquitectura* y del BIGDA (Boletín de Información de la Dirección General de Arquitectura) en relación con el debate de las orientaciones estilísticas a proseguir. Antón Capitel cerró la jornada con unas reflexiones sobre la teoría y la práctica de la vivienda madrileña, apoyándose en tres autores: Francisco Cabrero, Miguel Fisac y Sáenz de Oiza.

El debate comenzó con una acerada discusión sobre la situación intelectual de España en la inmediata posguerra. Pepa Cassinello manifestó su absoluta disconformidad con la visión negativa del momento cultural ofrecida por algunas disertaciones. Consideró taxativamente inaceptable decir que después de la guerra en España se rompe el liderazgo del intercambio intelectual. La existencia de un “museo vivo” como lo es el Instituto Eduardo Torroja y la revista *Informes de la Construcción* son las mejores pruebas de la continuidad de la información y del intercambio científico, razón de ser de la modernidad, desde 1938 y, con mayor fluencia desde 1946. Ulrich P. W. Nagel mostró sus dudas al respecto. Pudieron existir algunos arquitectos mínimamente enterados, pero siempre con una desvalida formación intelectual. Ni siquiera un personaje tan importante como Miguel Fisac acudió al Coloquio de Darmstadt, pues probablemente no debió de tener información al respecto, producto de la férrea censura franquista.

Juan José Lahuerta insistió que en los años cuarenta, incluso en los primeros cincuenta, la situación es de “miseria absoluta”, que las dificultades de relacionarse con el extranjero son absolutas, los contactos son excepcionales y las discusiones que aquí se producen son tan pobres como las distintas comunicaciones han ido revelando<sup>7</sup>. Para Lahuerta el gran drama de España había sido una guerra civil devastadora, con una clase intelectual exiliada y sufriendo una gran represión que dura hasta los años setenta.

Carlos Sambricio trató de establecer un puente entre las dos posturas. Primero, en alusión a las palabras de Nagel, afirmando que no se puede elevar a categoría el que Fisac no estuviera en Darmstadt, pues en cambio recorrió centroeuropa estudiando la arquitectura moderna. Por otra parte la actuación de Ortega y Gasset en Darmstadt fue poco menos que una encerrona, allí acudió pensando en participar en una mesa redonda e hizo el ridículo frente a la bien preparada conferencia de Martin Heidegger<sup>8</sup>. Aquí las discusiones tenían cierto nivel, por supuesto no comparable con el que se tenía en Italia, pero tampoco con Alemania, donde el clima es más que paupérrimo en la inmediata posguerra. “Los contactos no fueron excepcionales, lo que fueron

7. Juan José Lahuerta pone varios ejemplos al respecto de esta miseria intelectual. El primero de ellos es la correspondencia entre Josep Lluís Sert y Antonio Miró, un personaje ya absolutamente consagrado por la crítica internacional, donde éste le pide por favor que le envíe una Westinhouse desde Estados Unidos. En el texto de Josep M<sup>a</sup> Sostres “Els monuments de totxana” recuerda que tuvo que construir con tabiques lo que estaba previsto con estructura metálica desde “una mentalidad experimental”, en aquel momento “utópica”. Véase: SOSTRES, Josep Maria: “Els monuments de totxana” en A.A.V.V: *Josep Maria Sostres. Ciutat Diagonal*, C.R.C. Galeria de Arquitectura, Barcelona, 1986.

8. Véase MORÁN, Gregorio: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Tusquets Editores. Barcelona, 1998.

excepcionales eran las personas interesadas en tener contactos, pues en aquella España el nivel de autosuficiencia era altísimo (...) y las personas interesadas en debatir eran poquísimas”.

De hecho, los nombres —Cabrero, Fisac, De Miguel, Oiza— siempre se repiten en todas las sesiones de arquitectura. Sin embargo, hay una serie de hechos aislados que hablan de cierta actualización de la modernidad. Así en el catálogo de Constructa de 1951 una de las grandes fotografías de la entrada es la Feria del Campo de Madrid, presentado como una importante obra de arquitectura. Se publica inmediatamente el Informe sobre la vivienda de la ONU, del mismo modo que la obra de Lewerentz o de Schwarz aparecen puntualmente reflejadas en las revistas técnicas. Era una España contradictoria en la que algunos personajes alcanzaron un cierto nivel de información y conocimientos.

Miguel Angel Alonso apuntó la imposibilidad de realizar tales disecciones históricas sin producir dificultades interpretativas insalvables. Realmente, a partir de 1933 se produce la desaparición de la vanguardia. En esta fecha el mismo Le Corbusier interrumpe prácticamente su producción y se dedica a dar conferencias en los países latinoamericanos, mientras que se exilia interiormente en los Pirineos hasta pasada la guerra. Lo mismo sucede con Mies van der Rohe, Walter Gropius, Alvar Aalto. Había desaparecido todo el marco de la vanguardia de los años treinta. En los cuarenta era imposible establecer contactos pues aquellos referentes habían desaparecido. Es entonces, independientemente de la dictadura, cuando el debate en España comienza a reestablecerse de una manera bastante fluida. Simultáneamente, en los países democráticos de Europa o América todavía se hacen arquitecturas “oficiales” que no tienen nada que ver con la modernidad.

Al respecto de lo que podría ser considerado como “arquitectura oficial”, Iñaki Bergera introdujo una nueva cuestión sobre la utilización política de la vanguardia artística y arquitectónica por parte del Estado. Jorge Torres comentó que, por un lado, en los años cincuenta Joaquín Ruiz Jiménez inicia una tímida apertura cultural, y que por otro, ciertos personajes más avisados del Régimen pronto asumirán como triunfo del franquismo los éxitos de la vanguardia informalista en los certámenes internacionales. Del mismo modo, en los primeros años cincuenta comienzan a resurgir contactos y debates. Estos existieron, pero reducidos tanto en intensidad intelectual y en aforo de asistentes.

El debate sobre los años cincuenta parece haberse retrotraído a los años cuarenta. Este es el nuevo cauce de la controversia que se plantea sobre la mesa. Carlos Sambricio propuso una discusión sobre qué fue en realidad el franquismo. Su esterilidad llegó a tal punto que fue incapaz de generar una ideología o mínimamente abrir alguna alternativa propia. Los arquitectos de aquel momento no tuvieron más remedio que acudir a lo que sucedía allende nuestras fronteras. En este sentido, no hubo una arquitectura propiamente franquista<sup>9</sup>.

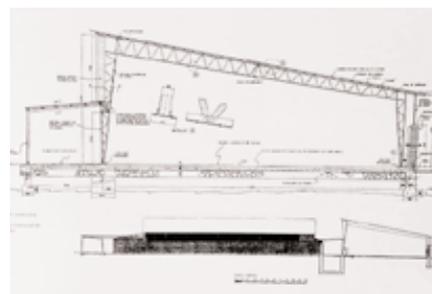
Antón Capitel intervino interpretando que en esa época se juntan dos fenómenos negativos: por un lado, el clasicismo y, por otro, el franquismo. Pero en lugar de “demonizar” el clasicismo hay que hacerlo del franquismo, pues la represión no es arquitectónica sino política. Aquí se reanuda la batalla dialéctica entre los que consideraban esta censura intelectual y arquitectónica y aquellos que la tildaban como exclusivamente política. El imposible acuerdo fue clausurado con unas palabras de Pizza sobre el oscurantismo cultural de este período en el que no surge ningún clasicismo ni ninguna obra moderna realmente digna de consideración. Esta última sentencia cerró definitivamente la sugestiva y acalorada controversia.

Esta polémica parecía ya un poco vista, como si hubiéramos regresado a un pasado no demasiado lejano. Un cuarto de siglo hace que se revivió la misma discusión sobre la arquitectura “de la Autarquía”, quizás entonces con más virulencia por los acontecimientos políticos que se estaban viviendo en el tránsito final de la dictadura<sup>10</sup>. Con cierto esfuerzo podría concluirse que en estas dos jornadas vividas hace pocas semanas flotaba un muy matizado consenso entre los partícipes del debate en tres cuestiones elementales. Primero, en reconocer las lógicas dificultades originadas por una férrea censura cultural y política; segundo, en la debilidad de los argumentos que un franquismo carente de ideas trata de establecer como pautas arquitectónicas, rápidamente refutadas; y tercero, en el restringido número de arquitectos interesados en el debate arquitectónico que se producía de modo simultáneo en toda Europa.

La lección final impartida por Thomas S. Hines, profesor de Historia de la Arquitectura Moderna en California, fue íntegramente dedicada a glosar la personalidad y la obra de Richard Neutra. Consistencia, flexibilidad, coherencia, síntesis entre la arquitectura internacional y una



16



17

Fig. 16. C. Ortiz Echagüe – M. Barbero – R. De la Joya – R. Echaide. Comedores para empleados de SEAT. Barcelona, 1954-56. Interior. Fotografía: Francesc Català-Roca.

Fig. 17. C. Ortiz Echagüe – M. Barbero – R. De la Joya – R. Echaide. Comedores para empleados de SEAT. Barcelona, 1954-56. Sección constructiva.

9. Véase el esclarecedor estudio de Carlos Sambricio sobre el fracaso de una eventual arquitectura falangista: “La arquitectura española 1936-45: la alternativa falangista” en SAMBRICIO, Carlos: *Cuando se quiso resucitar la arquitectura*, Murcia, 1983, pp. 173-197.

10. Recuérdese la polémica que surge en los años setenta sobre la arquitectura de la Autarquía. Se inicia a partir de las revisiones de la historia de la arquitectura española de la posguerra: en marzo de 1976 el ciclo del C.O.A.C.B. sobre la arquitectura de la Autarquía en el que participan Ignasi de Solà-Morales, Carlos Sambricio, Víctor Pérez Escolano y Josep Quetglás; la exposición “Arquitecturas para después de una guerra, 1939-49”, reseñada en *Cuadernos de Arquitectura*, 1977, nº 121, a cargo de Roser Amadó, Lluís Domènech, Carlos Sambricio, Antón Capitel y L. Azurmendi; los artículos de Pérez Escolano, Sambricio y Solà-Morales en la revista *Arquitectura* nº 199, 1976; la tesis doctoral de Lluís Domènech, publicada en Tusquets Editores con el título *Arquitectura de siempre*. Los años 40 en España, 1978; el artículo de SOLÀ-MORALES, Ignasi, “Arquitectura para después del Movimiento Moderno” en *Carrer de la Ciutat*, 1977, nº 0; el texto de SAMBRICIO, Carlos: *Cuando se quiso resucitar la arquitectura*, cit. Y concluye con el debate entre Helio Piñón y Tomás Llorens frente a Ignasi de Solà-Morales y Carlos Sambricio reseñado en los números 26 y 27 de la revista *Arquitecturas bis*, 1979.



18

Fig. 18. Richard Neutra: Casa Kauffman en el Desierto. Palm Springs. California, USA, 1946.



19

Fig. 19. José Antonio Coderch – Manuel Valls: Casa Catasús. Sitges. Barcelona, 1956. Fotografía: Francesc Català-Roca.



20

Fig. 20. Josep María Sostres: Casa Moratiel. Ciudad Diagonal. Barcelona, 1956-57. Fotografía: Francesc Català-Roca.

identidad regional, biorrealismo, o elegancia, fueron categorías inherentes a la arquitectura de Neutra, puntualmente demostradas por la profusión de imágenes de sus proyectos residenciales. Su comparecencia en este congreso, independientemente del interés intrínseco tanto del tema tratado como de quien lo transmite, se justificaba pensando en la presencia que, en los albores de los años cincuenta, tiene en España la arquitectura norteamericana y, muy especialmente Richard Neutra. No hay más que pensar en las deudas que arquitectos como José Antonio Coderch o Josep Maria Sostres, contraen con sus proyectos de viviendas unifamiliares.

Con el anuncio de un nuevo congreso internacional dentro de dos años dedicado a otro sugestivo asunto, “Arquitectura e ideología anti-urbana entre 1925 y 1940”, se dio por finalizado éste, y a tenor de los comentarios, con la satisfacción general de los presentes. Obviamente las conclusiones son siempre personales y obedecen a la particular idiosincrasia de cada asistente. Lejos de atribuirme la capacidad de recoger en este escrito una imposible conclusión global, únicamente queda reflejar la fecundidad de un debate en el que prácticamente sólo existió un matizado acuerdo en tres genéricos asuntos. Primero, en reconocer las dificultades originadas por una férrea censura cultural y política; segundo, la debilidad de los argumentos “oficiales” que un franquismo carente de ideas trata de establecer como pautas arquitectónicas rápidamente refutadas; y finalmente, en el restringido número de interesados y partícipes en el debate arquitectónico que se producía de modo simultáneo en toda Europa. Y, en medio de tantas palabras, permanecía un común reconocimiento de la fortuna e intensidad de la producción arquitectónica de aquellos precursores, ahora felizmente rememorada.